

consecuentemente, el relato del pensar y el sentir de cualquiera, por un autor omnisciente, puro fraude; Muelas se sabía al dedillo la técnica de los varios narradores de un mismo asunto, colocados en distintos puntos de vista; y no es que despreciase la nueva «tecnología» —palabra que no se cae de la boca de los recientes dómines—, es que se fiaba más del instinto de su pluma, certero siempre menos cuando comienza el relato con una dilatada divagación que tal vez desahucia de la lectura a algún impaciente. Caso al que tal vez hayan dado lugar «La Barragana del Duque», «La Muerte, esa mariposilla» y «Cuento navideño».

El amor al castellano, el cabal conocimiento que de los resortes de la lengua española tenía Federico y el esmero con que la trataba se nos manifiestan en su desvelo por revivir hermosas palabras, ajustadamente expresivas de algunos conceptos, a las cuales la incuria, la plebeyez cultural de los mandarines, y la groseza de la sensibilidad tienen sepultadas bajo capas de ignorancia y de anglicismos: alcarraza, prestimanía, randas, huelgo, zatico, senescal, luminar, son voces ahogadas que sintieron cómo Federico les traspasaba su aliento en un esforzado afán de revivirlas.

Por cuando Federico trazaba sus «Cuentos de Navidad», y de «Contrebia», escribían relatos breves en España otros escritores de su generación: Tomás Borrás, Cunqueiro, Celá, Zamora Vicente; y Delibes —equidistante de las generaciones del treinta y seis y del cincuenta.

Cela y Muelas, Camilo y Federico, rimaban, además de los nombres y apellidos, parte de su actitud literaria: pienso en la condición esperpéntica de bastantes cuadros celianos y en la vena absurda y desatinada de algunos relatos de Federico. Tan absurdos, sin el llamado sentido común, y grotescos son «Catalinita», «Literary Club» y «Cuando no era pescador», obra y gracia de Cela, como «La Barragana del Duque», «Visperas del último día», y «Martita», obra y trama de Federico. Obsérvese la consonancia de títulos «Martita», «Catalinita».

Ciertos relatos de Muelas y cuentos de Zamora Vicente concuerdan en pintar cuadros de costumbres, pero otras narraciones de uno y de otro se desaparecen en que el Más Allá, obsesión de Muelas, al extremo de que once y medio de sus catorce relatos son de tema religioso, no preocupa mayor ni menormente al profesor, cuyas narraciones están



Vista de la Hoz del Júcar.

ayunas de transcendencia y adheridas a lo más cercano: el pan, la trivialidad, el charloteo nuestros de cada día.

En cuanto a Delibes, sus relatos breves no se parecen mucho a los de Muelas: lo que hay de esperpéntico en las narraciones del castellano viejo y en las del castellano nuevo ocurre en Delibes de modo natural, y en Muelas, por modo de artificio: algunos personajes delibianos son real y naturalmente fantoches, mientras que los de Muelas son fabricados en una literaria fábrica de muñecos y reliquias; los actores de los cuentos de Delibes son las ricas que se tienden al sol de la playa, las pobres que se cubren el rostro con pañuelos para protegerlo del sol, la soledad del viejo, el patio de vecindad, la cantina del pueblo, la liebre vieja y corrida o matacán del majuelo, mientras que los intervinientes en los cuentos de Muelas son Herodes, Melchor, Gaspar, Baltasar, la estrella brújula, el río Jordán, unos chillados de Contrebia, los apóstoles.

Puede ser mera coincidencia y puede no ser que cada una de estas parejas de relatos: «El Opalo de San Gosco» —«El Aleph», «Sartagán de Areya»— «El Inmortal», esté montada sobre temas similares; pero es seguro que tal analogía entre un par de relatos de Borges y un dúo de relatos de Muelas me ha llevado a pensar que o Borges inhalaba vahos compuestos en la botica de Muelas o Muelas respiraba la brisa transatlántica de Borges, el ilustre desprecia-

dor de «El Poema del Cid» y achicador del «Quijote», que, no obstante sus tarascadas a la literatura española, ha obtenido la empinada distinción del «Premio Cervantes».

Durante la lectura de los «Cuentos de Contrebia» y de los «Cuentos de Navidad», de Federico de Cuenca, ha espigado unos usos sintácticos, unas particularidades expresivas, que considero de interés para lingüistas y apunto aquí, con destino a la atención de los gramáticos: se trata de unas oraciones compuestas, concesivas o adverbiales de tiempo (éstas con participio absoluto), en que las oraciones simples se conectan por medio de dos nexos o eslabones, cuando la norma y lo usual es que la conexión la establezca un solo enlace, una sola conjunción coordinadora o subordinante: «Pudo notificarse al Gran Duque y apenas transcurrido un mes de la recepción de las órdenes, el restablecimiento de la vida antigua». «Se advertía en él la germanía de origen y aunque el apellido primitivo, Mandfel, precedieran en Juan Andrés otros dos».

Cuando cierro el libro, he llegado al término de sus páginas y a otra conclusión: Federico, sobre un alto poeta, era un extraordinario prosista, marcado con dos máculas, casi motas: la de su exigua afición al relato y la de que por conservar la fede pierde la sede, por atender demasadamente el negocio del más allá, descuidó el de más acá. ■

Meliano PERAILE